

### Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,  
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:  
como hija, esposa y madre,  
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.  
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia  
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.  
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor  
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.  
Muéstranos tu protección de Madre  
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

## ESQUEMA:

1) INTRODUCCIÓN .....	1
2) FILIACIÓN Y FRATERNIDAD .....	1
3) LA ENVIDIA, PECADO CONTRA LA FRATERNIDAD: VISIÓN Y DESEO .....	3
4) LA CONCORDIA Y CARIDAD FRATERNA .....	4
5) CRISTO NUESTRO HERMANO.....	6
6) RESUMIENDO.....	6
7) CONCRETANDO .....	7
8) PRÁCTICA FAMILIAR.....	7
9) REFERENCIAS .....	7

## TEMA 7. EL PERDÓN FRATERNO

### 1) *Introducción*

Tras haber estudiado sucesivamente el perdón entre padres e hijos y el perdón entre los cónyuges, vamos a considerar ahora un tercer tipo de perdón en la familia: el perdón entre los hermanos. Si decíamos el mes pasado que el perdón entre iguales es siempre más difícil que el perdón entre un superior y un inferior, el perdón entre hermanos supone tener en cuenta una relación particular. A diferencia de la relación conyugal en que ambos esposos se eligen mutuamente, la fraternidad no es una experiencia electiva. Si, como hemos visto, el perdón entre los cónyuges nunca es fácil, tampoco lo es aunque por motivos algo diferentes el perdón entre hermanos.

La fraternidad es una experiencia humana primordial. Ser hermanos significa, en primer lugar, recibir el mismo don, tener el origen en los mismos padres. Este origen común vincula a los hermanos. El hermano es siempre un don inapreciable para cada persona. La fraternidad consiste, por tanto, en una filiación compartida. Si bien unidos por los mismos padres, cada persona es única e irrepetible, por lo que las diferencias entre los hermanos son muy patentes desde muy temprano y a lo largo de toda la existencia. Desde esta lógica del don cada uno ha de acoger a los hermanos que Dios le da, pero esta acogida u hospitalidad dinámica a lo largo de la vida no es automática ni sencilla. Ser hermanos significa haber recibido el mismo don, proceder del mismo amor conyugal, pero ¿cómo aprender a compartir este don que parece a primera vista exclusivo y totalmente singular?

### 2) *Filiación y fraternidad*

A partir de este primer significado, el término se amplía por círculos concéntricos a otros ámbitos de relación, y adquiere otros significados. En la actualidad, debido al invierno demográfico que padecemos sobre todo las sociedades occidentales, la familia ha disminuido con frecuencia en el número de sus miembros de una manera drástica, por lo que se ha



empobrecido la experiencia humana de la fraternidad. Se tienen pocos hermanos, y a veces se carece de ellos. La filiación y la fraternidad son experiencias que se iluminan y enriquecen mutuamente. Conviene recordar que ninguna de ellas es una experiencia electiva. No elegimos nacer, así como no decidimos quiénes van a ser nuestros padres, ni nuestros hermanos. Nuestra libertad viene siempre precedida por el don que se nos ofrece gratuitamente y que hemos de aprender a acoger y a vivir. Notemos que mientras la relación paterno-filial es dual, el hermano sin embargo no es tal más que por el hecho de reconocerse primero como un hijo de un padre común. La relación en ese momento es triangular. Contrariamente a lo que con frecuencia se dice, la fraternidad posee en primer lugar una dimensión vertical más que horizontal. Dado que la fraternidad nos obliga a evocar la figura de un padre, podemos comprender la crisis de fraternidad en una sociedad secularizada que lo ha despedido. Mientras el lugar del padre siga vacío, el sueño de la fraternidad permanecerá vano, pues precisa de la mediación de un tercero, y de un tercero superior.

Vivir la fraternidad es una tarea permanente, y no siempre fácil. En pasajes claves de la historia de la salvación aparecen pares de hermanos cuya suerte de elección o de reprobación tiene una peculiar vinculación. Se trata de Caín y Abel, de Ismael e Isaac, de Esaú y Jacob, de José y de sus hermanos. En cada uno de estos relatos podemos observar que la historia de la salvación es una historia de fraternidad, si bien no exenta de conflictos y dificultades. J. Ratzinger ha hablado de una “teología de los dos hermanos”

Hemos de reconocer también que se dan bellos ejemplos de fraternidad como el caso de Abraham y de Lot (*Gn 13,8*), o el de Jacob, que se reconcilió con su hermano mayor Esaú (*Gn 33,4*), o también el de José, que perdonó a sus hermanos (*Gn 45,1-8*). Esta «teología de los dos hermanos» adquiere todo su sentido especialmente en el Nuevo Testamento. La difícil relación fraterna que recorre la historia de la salvación es recogida por Jesús, que llama a dos parejas de hermanos (Andrés y Pedro, Santiago y Juan) para ser sus primeros discípulos. Con ellos va a establecer una nueva comunión que no se funda en la primogenitura -en ver quién es el mayor-, sino en el servicio y en la entrega, según el texto evangélico que sugiere: «...quien quiera ser primero entre vosotros sea vuestro esclavo» (*Mc 10,43-44*). La fraternidad entre los discípulos proviene de la unidad de la llamada a la vocación, que brota de la oración de Cristo al Padre. En este sentido, la filiación en Cristo funda la fraternidad en Cristo. La unión con Él establece una relación singularísima de todos los creyentes con el Padre y una original relación recíproca. Nos damos cuenta de que somos hermanos porque tenemos un solo Padre. San Pablo insiste a través de su teología del cuerpo de Cristo en que la raíz de la unidad del único cuerpo que forman los cristianos es la consecuencia lógica de la unión de cada uno de los miembros con Cristo. Ser cristianos significa incorporarse al Hijo de Dios, de manera que nos convertimos en «hijos en el Hijo».

La relación fraterna atraviesa diferentes etapas a lo largo de la vida. Por poner el ejemplo de la niñez, los niños suelen pedir un hermano o una hermana pequeñas para compartir sus juegos. Cuando llega, el más joven suele admirar al mayor y extiende sus brazos hacia él para ser admitido en su compañía. Otra etapa es que para el primogénito, el pequeño es siempre demasiado pequeño; no responde a su deseo porque es incapaz de compartir sus juegos y además le perturba. Se termina encerrando en su sentimiento de superioridad. Y es que, con el hermano, el espacio se ha visto reducido y además se hace necesario compartirlo todo, incluido el afecto de los padres. Otra etapa son los celos que aparecen por la tensión afectiva entre los hermanos. Cuando los padres dan a cada uno lo suyo, son percibidos como injustos porque se experimenta que la justicia sería la desigualdad, siempre que uno sea el beneficiario.

En el perdón fraterno es necesario tener presente la jerarquía entre los hermanos. Por



esta razón, el perdón se da siempre de modo diferenciado entre los hermanos mayores y los hermanos pequeños, entre hermanos, entre hermanas, y entre hermanos y hermanas. Son matices importantes para descubrir que así como la fraternidad nos une, existen diferencias significativas a la hora de vivir el perdón. De nuevo nos encontramos con lo que hemos denominado en temas anteriores la reciprocidad asimétrica.

### 3) **La envidia, pecado contra la fraternidad: visión y deseo**

“Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo” (*Sb 2,24*). San Gregorio Magno la incluyó entre los pecados capitales, por detrás solamente de la soberbia.

La envidia es el pecado por antonomasia contra la fraternidad. Se trata de un modo de mirar al otro oblicuamente (*in-videre*). La mirada es respuesta y luz, pues la persona se revela simultáneamente como iluminada e iluminante. La mirada envidiosa refleja un apasionado grito de dolor interior: “¿Por qué él y no yo? No es justo”. En la envidia más auténtica el mirar se encuentra siempre relacionado con un sentimiento trágico de la temporalidad experimentada como pasado, pasado absoluto. De este modo el envidioso ve que una posibilidad suya al verla realizada en otro se ha esfumado para siempre.

Aristóteles, en el segundo libro de la *Retórica* define la envidia como un dolor causado por una buena fortuna que aparece respecto a los bienes relacionados con personas semejantes, no porque se tenga un interés por ellos, sino solamente en vista de los mismos (*Retórica*, 1387 b 22-25). Es de notar cómo la envidia no surge como una respuesta a un particular estímulo que provenga exteriormente de otro. No hay una ofensa expresa por parte del otro. El sujeto envidioso padece al interior de la relación que su misma mirada ha instituido. La envidia es, por consiguiente, una verdadera pasión del ojo. En este sentido se ha relacionado la envidia con el tormento de la impotencia. Otra nota de la definición aristotélica es el tema de la proximidad o semejanza. Aclara el Filósofo que entiende semejantes por el nacimiento, el parentesco, la edad, la disposición de ánimo, la reputación... La envidia incluye una imagen de sí y un juicio sobre lo que se desea o considera como propio. La mirada envidiosa se establece así como en un juego de espejos entre el yo y el tú.

La envidia se distingue de la emulación y de los celos. Mientras la emulación es precisamente un saber de poder todavía conseguir algo, en la envidia aparece un saber de no poderlo conseguir ya. Hay, por tanto, una distinción fundamental entre ambas acerca de la posibilidad e imposibilidad en relación a la temporalidad. Respecto a los celos, mientras que el celoso teme que otro le prive de un bien que le pertenece, que es efectivamente suyo, el envidioso casi gratuitamente, sin una verdadera razón sufre respecto a lo que no es suyo, que no ha sido nunca suyo y que sin embargo habría podido serlo.

La envidia es un mal social, de modo que no se limita a dañar al envidioso. San Gregorio sitúa entre las “hijas” de la envidia todos los pecados que minan la solidaridad y la concordia de la comunidad: el odio, la *susurratio* (el pecado de quien siembra discordias), la difamación, la alegría por las adversidades de los demás, la aflicción por la prosperidad... En la Edad Media, dos ambientes singulares, la corte y la Universidad, eran reconocidos como proclives a la envidia. Este apunte se irá extendiendo a muchos otros ámbitos de la vida social y familiar. Santo Tomás, al distinguir el celo y la envidia, abre la puerta para legitimar algunas formas de competencia social y legítima rivalidad. El criterio fundamental es no romper la comunicabilidad del bien. Quien no reconoce esta comunicabilidad, se torna incapaz de reconocer que se ha recibido el mismo don y termina en la negación de la fraternidad. «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?» (*Gn 4,9*). El Catecismo de la Iglesia Católica define la envidia como «la tristeza experimentada ante el bien del prójimo y el deseo

desordenado de apropiárselo» (CEC 2553). El bautizado combate la envidia mediante la caridad, la magnanimidad, la humildad y el abandono en la providencia de Dios (CEC 2554).

#### **4) La concordia y caridad fraterna**

El fruto del perdón entre los hermanos es la concordia y la caridad fraterna. El salmo 133 lo expresa de este hermoso modo: «Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos. Es unguento precioso en la cabeza, que va bajando por la barba, que baja por la barba de Aarón, hasta la franja de su ornamento. Es rocío del Hermón que va bajando sobre el monte Sión. Porque allí manda el Señor la bendición: la vida para siempre» (*Sal* 133,1-3). En la Antigua Alianza, la fraternidad no estaba basada simplemente en la procedencia común según la sangre, sino en la elección común por Dios. No ocupa el primer plano la madre particular sino el padre común, Yahvéh. Israel tiene como Dios nacional de Israel al Dios universal. Pero existe una paternidad especial de Dios respecto de Israel, pues mientras que Dios es padre de todos los pueblos por la creación, de Israel lo es también por la elección.

La fraternidad cristiana se cimienta en la paternidad de Dios. La paternidad de Dios confiere a la fraternidad cristiana su verdadera solidez. De este modo, la fraternidad cristiana se funda en la fe trinitaria que nos asegura que somos en Cristo realmente hijos del Padre del cielo y hermanos unos de otros por el Espíritu que hemos recibido. Es hoy, por consiguiente, muy necesario redescubrir la raíz de la fraternidad cristiana que no es reducible a filantropía, ni es asimilable al cosmopolitismo estoico o al igualitarismo iluminista, sino que es expresión de verdadero universalismo, puesto al servicio de todos. En el discurso escatológico (*Mt* 25,31-46), Mateo muestra que el criterio del Rey en el juicio que separa a los de su derecha de los de su izquierda es patente: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (*Mt* 25,40). El premio o castigo eterno se fundan en esta relación fraterna con Cristo que ha de extenderse a todos los que tienen con él esta vinculación. La enorme importancia de estas palabras radica en que expresan una universalidad que hasta el cristianismo ni siquiera se había sospechado.

La novedad de Cristo respecto a la fraternidad la recogen tanto Pablo como Juan en los escritos del Nuevo Testamento. Para san Pablo es la acción del Espíritu Santo la que va haciéndonos hijos de Dios y hermanos de Cristo, que recibe el título de «primogénito de muchos hermanos» (*Rm* 8,14-17.29). En la carta a los Hebreos se insiste en este común origen entre el santificador y los santificados; esta es la razón por la que «no se avergüenza de llamarlos hermanos» (*Hb* 2,11). De este modo se profundiza en el misterio de la paternidad desde una perspectiva trinitaria: la paternidad de Dios se refiere en primer lugar al Hijo, a Cristo, y por Él, a nosotros. Con estos elementos se elabora la estructura teológica de la fraternidad cristiana.

Para san Juan, tanto en su Evangelio como en sus cartas, el criterio de la fraternidad es la fe. Esta fe que actúa por la caridad siempre es muy concreta. Por ello el apóstol va a referirse continuamente al amor fraterno dentro de la propia comunidad. En este sentido es llamativo cómo no habla nunca del amor a los hombres en general. Con ello se pone de relieve cómo la hermandad crea un vínculo real, aunque este sea siempre limitado, mientras la humanidad universal queda en un segundo plano, por evitar el riesgo de convertirse en un ideal vacío que se vuelve formal y retórico. Precisamente que sea una relación concreta y real hace posible el amor de misericordia entre los que son «hijos en el Hijo».

Si la envidia es el vicio de la fraternidad, la concordia es la virtud del perdón fraterno. Pero ¿qué es la concordia? Salustio y Cicerón definen la amistad como querer lo mismo y rechazar lo mismo (*idem velle et idem nolle*). Aristóteles, por su parte, aclara que la concordia



no se refiere a las ideas sino a las obras. Es decir, no se trata de pensar lo mismo, sino de querer lo mismo. El obrar sigue el curso de los deseos que se dirigen al bien que verdadero. Los deseos de los hermanos pueden aunarse cuando son atraídos por el mismo bien. En segundo lugar, Aristóteles aclara también que la concordia tiene su horizonte en la magnanimidad. Mira a la meta, a la vida lograda, a la grandeza del fin. Es, por tanto, compatible con las pequeñas desavenencias y las pequeñas decisiones que nos hacen sufrir, con las espinas que nos incordian.

La concordia hace referencia a un querer común porque consiste en tener un mismo corazón. El hombre moderno entiende de modo emotivo y romántico la palabra corazón. Y piensa así que la concordia es coincidencia de emociones, sentimientos o sensaciones. Sentir lo mismo, experimentar una simpatía mutua, incluso sentir que se siente lo mismo, no son la verdadera concordia. No se trata de despreciar la esfera afectiva de nuestra vida, sino de profundizar en lo que significa el corazón del hombre como expresión de toda la persona.

El corazón no es una mónada cerrada, sino que se constituye por la presencia de otros. Hay muchas personas que habitan en nuestro corazón. Al ser habitado por otro, nuestro corazón toma la forma del hermano, su visión, su deseo, su querer. El amor es el principio de la concordia (*concordia ex caritate causatur* dice Santo Tomás de Aquino), en este caso, el amor fraterno. La concordia está en estrecha relación con la sabiduría y el bien común. Con la sabiduría de aprender a tejer relaciones y acciones comunes entre los hermanos, a ayudarse en todo lo referente a la vida; con el bien común no como concepto abstracto, sino como una experiencia vivida gozosamente de haber recibido un mismo don, una fuente común.

La concordia fraterna es escuela de socialidad. Los hermanos aprenden a convivir, a cooperar, a llevar a cabo proyectos comunes. La fraternidad está llamada a expandirse hasta llenar toda la esfera social; ser ciudadanos es aprender a vivir en la sociedad con estilo fraterno, consciente del bien común que anuda el querer de cada uno. La Iglesia es Madre y escuela de fraternidad, Tras Pentecostés, la multitud de los creyentes tenían un solo corazón y una sola alama (Hch 4,32). Y es que el Espíritu Santo, al ser la concordia entre el Padre y el Hijo es fuente inagotable de concordia eclesial.

El fruto de la concordia es la paz. San Agustín la define como la tranquilidad del orden (*tranquillitas ordinis; De Civ. Dei, XIX, 13*). San Pablo la enumera entre los frutos del Espíritu en *Ga 5,22*: “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí”. Como se ve, la sitúa entre la alegría y la paciencia, pues está en estrecha relación con ellas. La alegría de la fraternidad, de compartir la vida es inseparable de la paciencia, de saber llevar las cargas los unos de los otros (*Ga 6,2*). La paz es obra de la caridad de modo directo por su fuerza unitiva, y de la justicia de modo indirecto porque remueve lo que se opone a ella. San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán renovaron la Iglesia medieval con un movimiento de retorno a las fuentes del Evangelio llamado “evangelismo”. Ambos, como sabemos, fundaron los franciscanos y los dominicos, las órdenes mendicantes, conocidos como los *fratres*. Ambas órdenes religiosas vivieron con vigorosa novedad la fraternidad cristiana en un tiempo nuevo que se abría con el auge de las ciudades. Como sabemos, el saludo habitual entre los hermanos franciscanos es “*Pace e bene*” (paz y bien). La paz interior deriva del amor de Dios y está estrechamente ligada a la capacidad de perdonar. La paz se comunica verdaderamente cuando lo hace el bien a través de las acciones que construyen y edifican la fraternidad.





## 5) **Cristo nuestro hermano**

Afirma la carta a los Hebreos: “El santificador y los santificados proceden todos del mismo. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos, pues dice: *Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré.* Y también: *En él pondré yo mi confianza.* Y de nuevo: *Aquí estoy yo con los hijos que Dios me dio*”. Por tanto, lo mismo que los hijos participan de la carne y sangre, así también participó Jesús de nuestra carne y sangre, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y liberar a cuantos, por miedo a la muerte, pasaban la vida entera como esclavos. Notad que tiende una mano a los hijos de Abrahán, no a los ángeles. Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que a Dios se refiere, y expiar los pecados del pueblo. Pues, por el hecho de haber padecido sufriendo la tentación, puede auxiliar a los que son tentados” (Hb 2,11-18).

Se trata de un texto misterioso. El tema del texto es la santificación. El autor muestra una necesaria solidaridad entre Jesús como santificador y los creyentes como santificados. En primer lugar, por el significado de la expresión “proceden del mismo”, “proceden de uno (solo)”, dicen otras traducciones. El numeral griego (*hénos*) puede ser del género masculino (aludiría a Adán, o quizás a Dios Padre), o del género neutro, y entonces su sentido sería: “son de un mismo origen”. Este origen común único es el fundamento de la solidaridad. La glorificación de Cristo no ha abolido su cercanía a los hombres, de modo que no es un triunfo solitario. El comienzo de la completa solidaridad entre Jesús y los creyentes es el ejercicio de su sacerdocio que tiene como finalidad borrar los pecados del pueblo. El texto se apoya en tres citas del Antiguo Testamento, una del Salmo 22,23, otra de 2Sm 22,3; Is 8,17 y otra del profeta Isaías, Is 8,18.

En los Evangelios también aparece de modo muy patente que Cristo es nuestro hermano: “El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre” (Mt 12,50). A María Magdalena le dice hablando de los discípulos: “Ve a mis hermanos...” (Jn 20,17) y asimismo a las mujeres: “No temáis; id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán” (Mt 28,10).

Podemos comprender así muy bien que la Iglesia primitiva aparezca denominada como una *Fraternidad*. En la primera carta del apóstol San Pedro se afirma “amad a la comunidad fraternal” (1P 2,17), y más adelante: “Resistidle, firmes en la fe, sabiendo que vuestra comunidad fraternal en el mundo entero está pasando por los mismos sufrimientos” (1P 5,9).

Karl Adam (1876-1966), teólogo bávaro, profesor en la Universidad de Tubinga, escribió en 1930 un libro titulado *Cristo nuestro hermano*. En ella se recogen distintas conferencias del autor que tienen como rasgo común penetrar en el misterio de Cristo mostrando la cercanía de Jesús con todo lo humano. Cristo Resucitado nos dona su Espíritu para que aprendamos a querernos, ayudarnos y perdonarnos como hermanos.

## 6) **Resumiendo**

La experiencia de la fraternidad enriquece la filiación y supone un ámbito de relación entre iguales desde un origen común en la paternidad. Aprender a quererse y ayudarse como hermanos, incluye el aprendizaje del perdón mutuo.

La envidia es el pecado capital que afecta de un modo más incisivo a la relación fraterna. Se distingue de la emulación y de los celos, y supone una mirada oblicua, curvada hacia el hermano, de modo que puede llegar a impedir que reconozca que el bien de mi hermano es en realidad mío también. Es una enfermedad del deseo humano.



Esencial para perdonar al hermano es superar la envidia, a través de la referencia al Padre común, origen de todo bien. Si el bien del hermano viene del Padre, podemos entenderlo como un bien para nosotros, y no como un mal. Pues bien, de modo similar el perdón del hermano, si viene de Dios, puede ser un bien para nosotros. Podemos perdonar al hermano porque reconocemos un Padre común perdonador. A la vez, aceptar el perdón del Padre significa reconocerse deudores radicales de él, porque le debemos la misma vida, y, desde ahí, aprender a mirar de modo nuevo al hermano, como digno de perdón. De ahí que en el Padrenuestro fueran unidos el perdón a Dios y al hermano. El cristiano mira al hermano como “aquél por quien murió Cristo”, y de este modo aprende a perdonar.

La concordia y la caridad fraterna son el fruto del perdón entre los hermanos. La concordia no se ha de interpretar de modo emotivo, sino que se trata de querer lo mismo y rechazar lo mismo. El corazón es el órgano de la afectividad humana, por lo que tener un solo corazón implica una unión afectiva que es motor de acciones

Cristo es nuestro hermano y Maestro del perdón fraterno. A él podemos recurrir siempre para crecer en la tarea de perdonarnos mutuamente.

### **7) Concretando**

1. ¿Qué relación ves entre el perdón paterno-filial y el perdón fraterno?
2. Comenta cómo es tu relación con tus hermanos.
3. Como padres, ¿de qué modo promovéis la concordia entre vuestros hijos?
4. ¿Eres envidioso? ¿cómo combatir la envidia?
5. ¿Cómo puede ayudar Cristo al perdón fraterno?

### **8) Práctica familiar**

Recordaros que la práctica para este curso es ejercitarnos en la celebración del sacramento de la confesión. La propuesta es ofrecerlo a todos los miembros de la familia un domingo al mes, y celebrarlo con un postre en la comida o cena de ese domingo.

### **9) Referencias**

S. PETROSINO, *Visione e desiderio. Sull'essenza dell'invidia*, Jaca Book, Milano 1992.

J. NORIEGA, *La concordia o la metamorfosis del corazón*, C. GRANADOS-J. GRANADOS (ed.), *El corazón: urdimbre y trama*, Monte Carmelo, Burgos 2010, 123-139.

K. ADAM, *Cristo nuestro hermano*, Herder, Barcelona 1956.